

Bajá, Muhammed, gobernador de Erzerum, fué el encargado por el nuevo gran visir Ahmed-Bajá, para reducir la guarnicion de Kars, que se habia sublevado. Temiendo que el primer ministro no quisiese enviarlo á morir, como lo habia hecho con los hermanos de Salih-Bajá, Muhammed, en vez de dirigirse á Kars, huyó á Ak-Serai, donde se rodeó de los antiguos servidores de su padre y de sus tíos, y de todas las tropas que pudo atraer á su partido: reunióse con Wardar-Ali-Bajá, gobernador de Siwas (*Sebasta*), que se habia acarreado tambien el odio del gran visir por haber rehusado enviar al haren de Ibrahim la jóven Peri-Khanum, hija de Maruk-Khan, y desposada con Ipchir-Bajá. Mas este último, lejos de estar reconocido á Wadar-Ali-Bajá, le hizo prender por traicion y ahogarle con sus principales oficiales. Sultan-Ibrahim mandó además, que la esposa del rebelde fuese atada á cuatro estacas y deshonrada públicamente; pero, por las representaciones de sus ministros, revocó esta vergonzosa sentencia.

Sultan-Ibrahim unia á su gusto licencioso el de una prodigalidad aruinadora é insensata: el gran visir Ahmed-Bajá, con la esperanza de llegar á ser yerno de su soberano, habia repudiado á su mujer: esta última entró en el haren de S. A., y dió á Bibi-Sultana, su primera hija, para esposa al primer ministro. En las fiestas que se celebraron con motivo de esta doble union, se desplegó el lujo mas inaudito: sobresalian sobre todo dos palmas de boda tan altas como los minaretes, y engastadas en oro y plata.

Uno de los caprichos mas costosos de Sultan-Ibrahim fué la manía de las pieles que se apoderó de él. Quiso guarnecer de pieles todo el interior del palacio de Ibrahim-Bajá, morada de su esclava favorita Telli; y por satisfacer esta pasion estravagante, fué menester un nuevo impuesto, que se denominó *tasa de piel y de ambar*, y todos los gobernadores del imperio fueron precisa-

dos á proveerse de grandes cantidades de pieles.

Cediendo sin duda al capricho de sus mujeres, un dia Sultan-Ibrahim hizo trenzar su barba con anillos adornados de piedras preciosas, y se presentó así en público. Otra vez envió un soldado de caballería que recorrió la ciudad haciendo cerrar todas las tiendas, y hasta las puertas de Constantinopla; pero apenas se habia ejecutado esta medida, cuando los pregoneros las hicieron volver á abrir, sin que se hubiese podido saber el motivo de aquellas órdenes caprichosas.

Agotando el tesoro del estado en fútiles gastos, empleó el sultan una suma considerable en la construccion de una góndola (*caik*) enriquecida con pedrería, é hizo fabricar magnificas coronas para dos de sus favoritas.

Este lujo desenfrenado, estos caprichos ruinosos ó tiránicos, escitaron un descontento jeneral; pero el sultan no hacia ningun caso de las quejas y de los avisos: la Sultana-Validé, por haberle hecho representaciones sobre este particular, fué desterrada al jardin de Iskender-Techelebi. Esta conducta odiosa é imprudente hacia fermentar sordamente los jérmenes de una revolucion. Un nuevo acto de bárbaro despotismo vino muy luego á hacer estallar la irritacion popular, largo tiempo comprimida: el 16 redjeb 1058 (6 de agosto de 1648), Baki-Bey, hijo del gran visir, fué desposado con una hija de Ibrahim, de ocho años de edad; hubo fiestas con este motivo, y Ahmed-Bajá convidó á los principales oficiales de los jenizaros. Advertidos con anticipacion de que esto era una asechanza, y que debian ser asesinados durante el festin, pudieron huir, se refugiaron en la mezquita del centro, (*orta-djami*), y convocaron sus soldados, como tambien los sipahis. Enviaron el predicador de la mezquita al mufti, el que convocó al cuerpo de los ulemas y se dirigió con ellos donde estaban los sublevados. Entonces fué decidida la deposicion de Ahmed-Bajá, y el anciano Muhammed-

Bajá ocupó su empleo: el nuevo gran visir fué enviado al sultan, quien le dió el sello, y le dijo que contaba con su afecto para obtener la libertad de Ahmed-Bajá; pero los rebeldes, á quienes Muhammed-Bajá habia referido las palabras del sultan, exigieron imperiosamente que les entregaran el ex-ministro. Mientras que Muhammed-Bajá repetia temblando á Ibrahim la voluntad del pueblo, el sultan, que le atribuia este levantamiento, cojió al anciano por la barba, y se olvidó hasta pegarle: aterrorizado el anciano ministro, envió el sello del imperio al mufti, rogándole hiciese aceptar su dimision; pero los agás de los jenizaros le tranquilizaron y le condujeron de nuevo á la mezquita. Los sublevados se apoderaron entónces de las puertas de la ciudad; resolvieron matar á Ahmed-Bajá, deponer á Sultan-Ibrahim, y reemplazarle por uno de sus hijos. El *khaznedar* (tesorero) Mustafá, enviado á los rebeldes para intimarles, en nombre del sultan, que se dispersasen, no lo pudo lograr: y le encargaron que pidiese en nombre suyo á Su Alteza la supresion de la venalidad de los cargos, el destierro de las sultanas favoritas y la muerte del gran visir. Sin embargo este último, temiendo la venganza popular, se habia retirado primeramente á su haren, y en seguida, no creyéndose allí seguro, habia pasado á la casa de un amigo suyo llamado Deli-Burader. Pero un *muhzur* (alguacil) que le seguia los pasos, lo participó al *muhurdar* (guarda del sello) y al *khaznedar*, los cuales fueron á encontrar á su amo: Deli-Burader negó el haberlo recibido en su casa: temiendo Ahmed ser descubierto, se refugió sucesivamente en casa de dos personas en quienes tenia confianza; el segundo, Hadji-Behram, entregó el desgraciado fugitivo á su rival Muhammed-Bajá. Este le recibió con todas las exterioridades de amistad, y se levantó para abrazarle: Ahmed-Bajá pidió la vida á Muhammed, quien trató de desimpresionarle, y le hizo esperar que las tropas podrian apaciguarse con dinero. Durante este tiempo, el

nuevo visir habia hecho pedir al mufti un fetwa que decidiese la suerte del prisionero. Ahmed, que habia quedado solo con sus dos pajes, vió presentarse muy luego al kiahia de Muhammed-Bajá, Huzein-Agá, el que le pidió la lista de sus riquezas, y recibió siete mil zequines, que Ahmed le rogó ofreciese á su señor. Apenas habia salido este mensajero, cuando fueron á buscar á Ahmed-Bajá: conducido á las puertas de la ciudad por el verdugo y su ayudante, el ex-gran visir fué ahogado, y su cuerpo conducido al Hipodromo (1) en donde los soldados arrojaron muy en breve los restos ensangrentados de Muslihud-din, gran juez de Romelia, al que sus escesos y venalidad presentaban como el terror del ejército. El antiguo juez de la Meca, Beyazi-Hazan-Efendi, fué enviado al sultan para que se presentase á las tropas, pero no pudo lograrlo. La Sultana-Validé, á petición de los rebeldes, fué á la mezquita y probó inútilmente el disuadirles de la deposicion de Ibrahim. Viendo en fin que la resolucion de las tropas era inflexible, fué ella, á petición de los rebeldes, á buscar á su nieto Muhammed, que apenas tenia siete años, el cual, recibido con aclamaciones jenerales, fué saludado emperador, el 18 redjeb 1058 (8 de agosto de 1648).

El silihdar, el tchokadar y el bostandji-bachi, seguidos de los visires y de los ulemas, se presentaron á Ibrahim, y le significaron su deposicion y la elevacion al trono de su hijo Sultan-Muhammed. Ibrahim discutió con ellos largo tiempo, los llenó de vituperios y de maldiciones; en fin, viendo que su resistencia era inútil, se dejó conducir á la cárcel, escl-

(1) Cuando se retiró del Hipodromo el cuerpo de Ahmed-Bajá, un jenizaro tuvo la singular idea de vender la carne del ex-gran visir á razon de seis aspros la tajada. Segun este carnicero, médico de una nueva especie, sus colgajos ensangrentados eran un excelente remedio contra las neuralgias. El pueblo, sabedor de la virtud curativa que se le atribuia al cadáver de Ahmed-Bajá, acudió con cuchillos, y se distribuyó sus restos. Esta estravagante circunstancia ha hecho dar á Ahmed el sobrenombre de *chazarparé* (destrozado en mil pedazos).

mando: « ¡ Esto lo llevaba escrito en mi frente; es el decreto de Allah! »

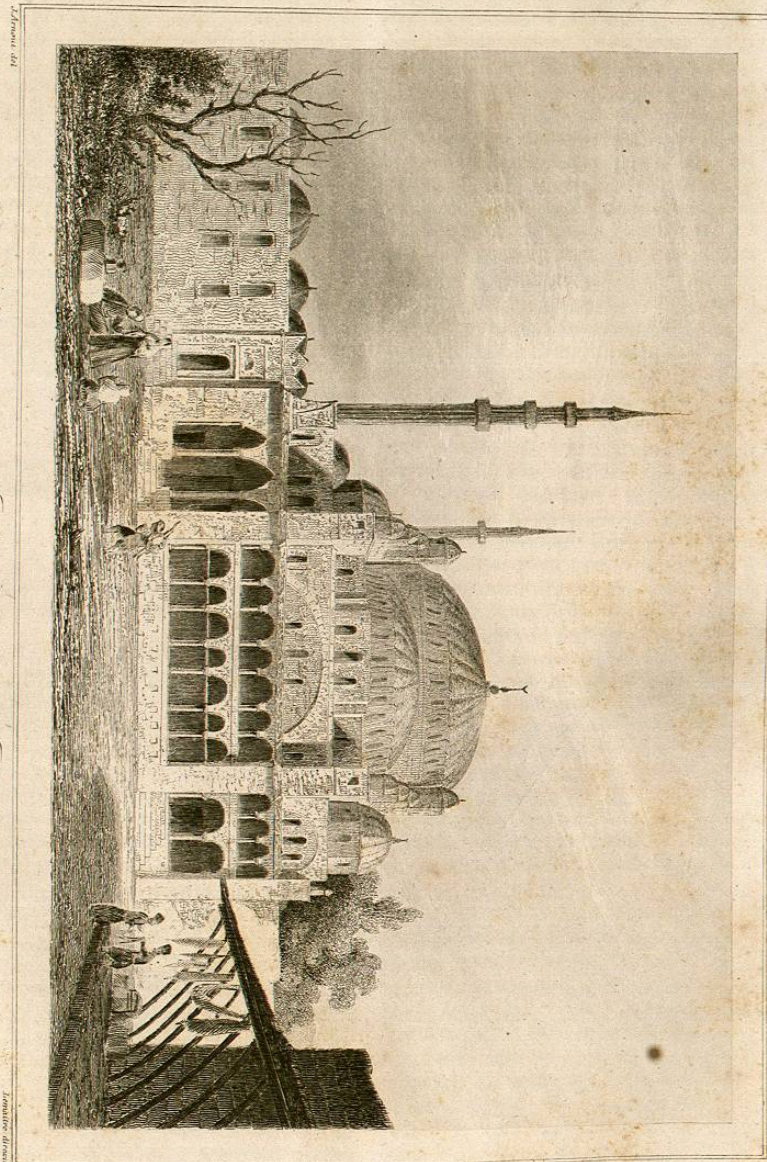
Apenas habian frascurrido diez dias despues de la prision del sultan, que los sipahis murmuraron de que les gobernase un niño, y pidieron la reinstalacion de su padre. En tan críticas circunstancias, el mufti y las principales dignidades que habian destronado á Ibrahim, temiendo su vuelta al poder, resolvieron su muerte. El 28 redjeb 1053 (18 de agosto de 1648), se presentaron en el serrallo con el verdugo Kara-Alí. Habian huído todos los servidores del palacio, espantados con la sangrienta escena que iba á verificarse. El mismo verdugo temblando de poner su mano sobre el padichah, se arrojó á los piés del gran visir, y llorando le suplicó que antes le diera la muerte que obligarle á cumplir con su terrible oficio. Pero Muhammed-Bajá le dió un palo en la cabeza, diciéndole: « ¡ Ven maldito! » y entró en la cárcel con el mufti, seguido de Kara-Alí y de su ayudante. Ibrahim, al verles, se levantó con espanto, y exclamó: « ¿ No hay nadie, entre los que han comido mi pan, que me compadezca y quiera protegerme?... ¡ Estos crueles quieren matarme! ¡ Perdon! ¡ perdon! ¡ escucha, Abdurrahim! añadió dirijiéndose al mufti: Yuzuf-Bajá me habia aconsejado darte la muerte como un traidor.... ¡ Yo no te hice morir, y tú quieres hacerme perecer ahora! ¡ Lee la escritura santa, el Alcoran, la palabra de Dios que condena á los crueles y á los injustos! » Pero todas estas súplicas fueron inútiles, y mientras que exhalaba su desesperacion blasfemando y maldiciendo al pueblo otomano, los verdugos le cojieron y le apretaron el funesto cordon; lavaron en seguida su cuerpo, y lo sepultaron en la tumba de Sultan-Mustafá.

Sultan-Ibrahim habia reinado nueve años y nueve meses lunares. Este monarca, de una nulidad deplorable respecto á la capacidad y enerjía, abandonándose á todos los excesos de una vida licenciosa, pasó, por decirlo así, su vida en el fondo del haren. Para reanimar el valor

estinguído de su hijo, la Sultana Validé, acompañada de los visires, le llevaba cada viérnes esclavas jóvenes y hermosas. En el reinado de este sultan ascendió su precio hasta á dos mil pesos, suma enorme para aquel tiempo. El abuso inmoderado de estos placeres, para los que parecia poco á propósito, alteró su salud, y le volvió hipocondríaco y sujeto á frecuentes ataques de epilepsia. Para fortalecerse los nervios, habia tomado la costumbre de beber ambar disuelto en el café muy caliente, ó de respirarle en perfume; así es que esta sustancia odorífera se vendió á precios exorbitantes. Una noche, habiendo Ibrahim pedido ambar, del que en aquel momento estaba desprovisto el haren, enviaron á buscar á Gálata un negociante inglés que poseia un enorme pedazo: despertado repentinamente en medio de su sueño por orden de Su Alteza, el comerciante, espantado, se creyó un instante victima de un capricho del déspota, y no se tranquilizó hasta que vió trece mil pesos que le contaron por su preciosa mercancía.

Este príncipe afeminado tuvo siete sultanas *Kassekis* ó *intimas*, que tenian cada una los productos de un sanjacato; poseian además coches y barcos enriquecidos con pedrería, y se rodeaban de una corte numerosa: además de las Sultanas-Kassekis, habia aun las esclavas favoritas que disponian á su gusto de los cargos del estado y de los tesoros de su amo. Todo el tiempo que Ibrahim no consagraba á sus mujeres, lo pasaba en medio de los músicos (*zurnadar, neizen y tablzen*), ó con los bufones y farsantes. En uno de los accesos de entusiasmo, confirió á uno de estos últimos el título de agá de los jenízaros, y á un polvorista que habia representado un combate naval, la dignidad de kapudan-bajá.

En esta corte voluptuosa, los placeres y los refinamientos del lujo y de la molicie se miraban como el asunto mas importante: el juez de Brusa, Idris-Efendi, ponía todo su conato en aprovisionar el serrallo de una gran cantidad de nieve para hacer sorbetes, y él mismo iba á bus-



Mesquita de la Sultana Valide en Constantinople.

TURQUIE.

TURQUIE.

carla al monte Olimpo (1). Habiéndose extraviado un día, se le creyó sepultado bajo algún témpano, y cuando volvió á parecer y entró en Brusa, halló su destino ocupado por un protegido de la lavandera del harem.

Bajo Ibrahim, conmovido el imperio otomano por frecuentes conmociones interiores y empobrecido por las prodigalidades insensatas, marchaba con rapidez á su decadencia, cuando la muerte del príncipe vino á detener los progresos del mal. Por otra parte, el ejército obedecía aun al impulso que le habia dado el severo Murad IV; y los triunfos que él habia obtenido en el exterior sirvieron de contrapeso á las turbulencias que ocasionaban los sanguinarios caprichos y la vergonzosa disolución de un soberano indigno de ocupar el trono de los Osmanlinos.

CAPITULO XX.

SULTAN-MUHAMMED-KHAN IV, HIJO DE SULTAN-IBRAHIM-KHAN.

El 26 redjeb 1048 (16 de agosto de 1648), el joven Sultan-Muhammed, ricamente vestido, y cubierta su cabeza con un *selim* (turbante inventado por Sultan-Selim I) adornado con plumas de garza real que prendido con un broche de diamantes, se presentó en la mezquita de Eiuib para ceñir la cimitarra. El nuevo soberano, que apenas contaba siete años, iba montado en un soberbio caballo que el gran escudero (*mir-akhor-ewwel*) (2)

(1) Es uno de los censos de la provincia de Brusa, (el Kudawendghiar); y se han organizado trasportes diarios conducidos á lomo, para hacer llegar al serrallo la cantidad de nieve necesaria para el consumo del palacio imperial y de los grandes oficiales del imperio.

(2) «El gran caballerizo» (*mir-akhor-ewwel*, ó *hünk-imrohor*) es uno de los cinco oficiales llamados «agás del estribo imperial» (*rekiab-aghalar*), y llevan el traje de los ulemas. El *mir-akhor ewwel* es el jefe de los escuderos y de los equipajes del sultan, tiene la intendencia de las praderas señoriales que se extienden por un lado hasta á Andrinópolis, y por el otro hasta Brusa. Hace pagar un tributo á las personas que quieren pastar en ellas sus caballos. Tiene á sus órdenes los escuderos, los palafreueros, los «*voinuks*» ó ayudas de cámara del ejército,

conducia por la brida: á su lado iba el gran visir Sufi-Muhammed-Bajá; en vez del rico kaftan y del turbante de hojas de oro, habia tomado el ministro el modesto traje de los sacerdotes Mewlewis. Despues de esta ceremonia pública, fué menester ocuparse en pagar á las tropas el regalo del advenimiento. La penuria del tesoro, agotado por las prodigalidades de Sultan-Ibrahim, obligó á acudir á medidas extraordinarias. Djendji-Khodja, que bajo el reinado precedente habia reunido una inmensa fortuna, fué intimado de contribuir al regalo de costumbre. Despues de haber abandonado con sentimiento los tesoros, sufrió Djendji una detencion de un mes, y partió en seguida para el sanjacato de Ibrahim en Nubia; cuyo mando habia obtenido; pero habiéndosele soltado algunas palabras imprudentes sobre la espoliacion de que era víctima, fué condenado á muerte en Mukhalidj, en cuyo punto le obligó á detenerse un ataque de gota. Este personaje, que hizo un gran papel en el reinado de Sultan-Ibrahim, no era antes mas que un simple *softa*, ó estudiante en un medrezé de Constantinopla. Entónces se llamaba Mollá-Huzein: dedicado á la práctica de las ciencias ocultas, habia sabido merecerse la confianza del pueblo, y sobre todo la de las mujeres: su reputacion llegó á oídos de la Sultana-Validé, madre de Ibrahim, en un momento en que este príncipe, abatido por sus desenfrenos, buscaba por medios sobrenaturales restablecer las fuerzas que todá la ciencia de los médicos no podía volverle. Los felices resultados que Ibrahim creyó sacar de las prácticas cabalísticas de Mollá-Huzein, labraron la fortuna de este impostor, el cual fué conocido despues con el nombre de *Djendji-Khodja*, esto es, el maestro que conjura los espíritus malhechores. Despues de haber pasado rápidamente por los varios grados del cuerpo de los ulemas, llegó á la dignidad de *kazi-asker*, y fué largo tiempo el pri-

los «*korou-aghás*» (guarda-bosques), los guarnicioneros, los muleteros, los conductores de los camellos del palacio.